



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora

DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 3 DE OCTUBRE DE 2021

Olga de León G. / Carlos A. Ponzio de León

Tributo a Miguel de Cervantes Saavedra

LA DONCELLA EN LA VENTANA
OLGA DE LEÓN G.

La historia que aquí os cuento, me viene de muy lejos, tanto en el tiempo como en el espacio, que entre ella y yo median varios ayer con sus soles y sus lunas. Es una historia que no acaba de recrearse ni yo de conocerla del todo -ni a través de la imaginación o de la letra impresa- en el mundo prosaico que los humanos llamamos así, por oponerse a lo extraordinario, mítico y poético.

Solía mucha gente pasar a diario frente aquel castillo o casona antigua, con apariencia aún de la grandeza de otros tiempos: lugareños y extraños que por allí tocábase verse en la necesidad de transitar, como que no existía entonces otra vía para cruzar la frontera entre un reino o comarca y otros, suspiraban extasiados tanto por la belleza de la joven, que a distancia más bien adivinaban, como por las razones que se fueron tejiendo en derredor de ella sobre su cautiverio.

Pronto fue asunto de conversación a la hora de la cena o entre comidas, y en cualquier momento que el hecho viniera al caso. La figura de la misteriosa joven que siempre veían asomada a la pequeña ventana en la torre de aquella vieja casona o castillo, intrigaba a todos: nadie la conocía o había visto fuera de esa distante visión, que se divisaba desde el camino u otras casas igualmente altas, aunque no tanto como el castillo donde habitaba la hermosa joven.

Una tarde dejaron de verla. Entonces, en todos creció la preocupación de que algo fatal, mayor a su encierro y sujeción a ver el mundo desde una ventana, le hubiese acontecido.

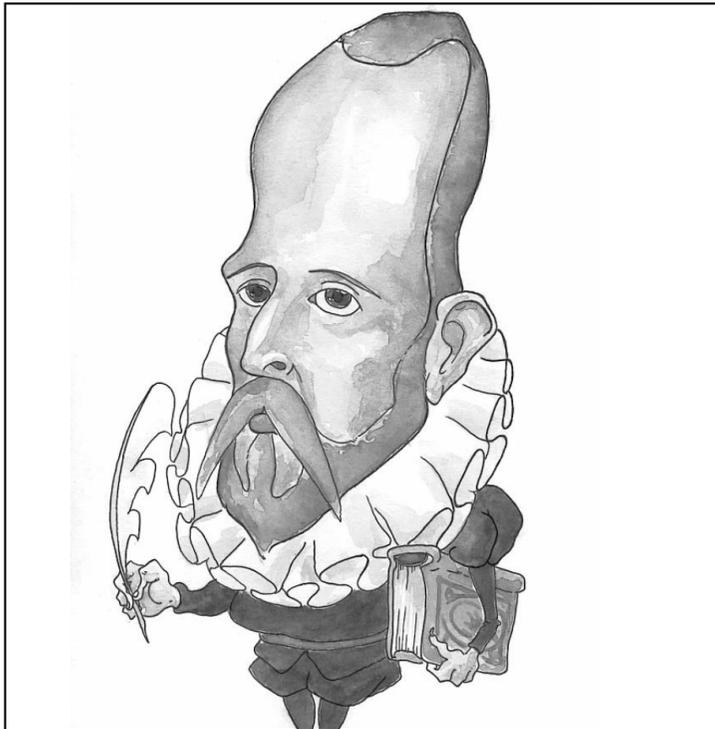
Mas, para fortuna de la joven y sus espectadores transeúntes cotidianos y eventuales, eso no sucedió: ella reapareció justo un día número 47 después de su inexplicable ausencia. La bella doncella aparece en la misma posición y con la misma ropa, solo que ahora, luce una intrigante mueca en su boca y magnífica luz en su mirada... Como las que tienen recién han sido madres. Bueno, eso dicen, creen o inventaron los que volvieron a mirarla cada mañana o tarde.

Cierto día de abril, hacia la última semana del mes, se supo que un joven mancebo, cuya edad andaría por poco menos de los treinta años, hizo público su íntimo deseo: "He de subir hasta la torre donde está la habitación de la doncella, y entablare conversación con ella".

Los pueblerinos no perdían pisada de la promesa y se turnaron para estar mirando de día y de noche hacia la ventana del castillo. Esperaban ver al joven atrevido llegar hasta estar a un lado de la doncella.

Mas esto nunca sucedió, que la hechicería que rodeaba a la joven de la ventana, era más fuerte que la férrea voluntad de cualquier mortal humano.

"Quizás pese sobre ella el celo y dominio de un padre criado y educador a la usanza del siglo de Cervantes con visos de edad media, aunque ya fuera en



plena Era Moderna.

Por fin, un día se la vio bajar la escalinata de la enorme casona y saliendo, a la luz de la noche estrellada, llegar hasta la campiña que rodeaba el castillo. Parecía un hada, un ser intangible e inmortal que enamorada del que quiso salvarla, decidió pagarle su hazaña con un beso en la mejilla. Pero, he aquí que el joven mancebo al mirarla tan cerca pudo ver que su dama más parecía una moza de taberna o campesina lugareña, y no se identificó con ella.

La ruca del tiempo giró sin freno hacia el pasado, y de aquellos cuarenta y siete días que la joven había desaparecido de la ventana, en verdad desapareció la ilusión, pues su vida correspondía al siglo dieciséis (1547), año en que nació el que luego le daría vida a ella como obra elevada a grandes alturas. Cámbiese la ilusión y fantasía de la ficción en el libro más famoso de todos los tiempos, después de la Biblia, en burda realidad: así lo dispuso su autor al darle vida a sus personajes.

Y doña Aldonza Lorenzo, quedó descubierta como tal, en lugar de Dulcinea del Toboso (el amor troca el carbón en diamante, y los olores del sudor y el trabajo en el fogón y el campo, en indescriptibles e idílicos aromas de flores y aguas de dulces cascadas).

Cervantes sigue vivo, sin duda, y sin autor que se le compare. Su obra lo hace magnífico, y eterno ante los peores avatares del destino.

EL VIAJERO EN EL BOSQUE
CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Conducía valientemente por carretera: cabalgando montes, brincando lagos de asfalto, haciendo saltar grava del pavi-

mento. Llevaba doce horas de camino y debía llegar a Monterrey inmediatamente. Sus visiones de árboles con vida lo perseguían de cerca, lograba verlos en el espejo retrovisor. Aún podía reconocerlos como alucinaciones previas al completo desprendimiento mental de la realidad al que se acercaba. No había dormido, ni detenido el auto, ni siquiera para cenar. Debía surtir lo antes posible la receta de Haloperidol que llevaba en la guantera. Había sido de madrugada y desde la Ciudad de México, que había emprendido el viaje.

Empujaba su pierna hasta el fondo, como hundiéndola en cemento convertido en arena movediza por algún hechicero. Al observarse de reojo en el espejo, logró contemplar su mirada: dos cavernas que desprendían ligeros rayos de luz solar bajo su cabello lacio, hecho un maremoto de tinieblas. De pronto reacomodaba la cadera en el asiento para descansar: se escuchaba el crujir de un hueso. Las rodillas le ardían como lava, con el dolor recorriéndole hasta la columna vertebral. En su mirada perdida se contraían y extendían las pupilas: el camino palpitaba; el pavimento ondulaba como agua de río. Las luces de los tráileres le saltaban al rostro como arañas: enterrándole las patas entre los ojos: alcanzaron a leer un letrero en fondo verde: "Monterrey, 90 km".

En la ciudad, cerca del cerro del sur, un farmacéuta llenaba una orden de pedido para los laboratorios: medicamentos agotados durante la semana. Escribía con tinta negra, de manera firme y lenta, dibujando letras claras como la mañana que se acercaba. Junto al escritorio, al fondo de la farmacia, sentía la opresión de las largas horas de la jornada que esta-

ba a punto de acabar. Recargó su espalda sobre el colchón de la silla, estiró las piernas cansadas: como si hubiera montado a caballo toda la noche, para luego encogerlas lentamente. Extendió las palmas de las manos y con ellas se sobó los muslos. Un bostezo amplio -como el espacio entre las estrellas- dejó escapar: acompañado por un suspiro grave, proveniente desde el fondo de un volcán a punto de estallar. Cerró sus párpados hasta sentir alivio y un descanso helado.

Su celular emitió un sonido. Metió la mano al bolsillo. Se trataba de un mensaje de Tomás Junkie: "Dos cajas de lo mío ¿Paso al rato?". El farmacéuta se levantó al armario que guardaba los medicamentos controlados. Buscó por abecedario hasta encontrarlo: Haloperidol. Desbloqueó la pantalla de su celular: "Solo tengo una caja. Llega antes de las 8AM. Sin receta, son \$1,200".

Brillaba el sol cuando al estacionamiento de la farmacia arribó el auto con placas de la Ciudad de México. El conductor descendió: camisa desabotonada y fuera del pantalón la mitad de ella, de bragas abiertas y dando zancadas como si intentara llegar a la puerta en tres pisadas. Empujó el acceso de vidrio con fuerza, pero no abrió. Solo se escuchó el chasquido del candado metálico que estaba cerrado. Volvió a empujar; nuevamente, sin éxito. El farmacéuta, desde adentro, le hizo una seña extendiendo el brazo. El viajero no entendía. Su rostro se desfiguraba al tiempo que le temblaba la mandíbula y se mordía los labios. Traía la mirada del hombre que está desbarancándose a caballo por el precipicio.

"La entrada está del otro lado", le gritó el farmacéuta. Ruido sin sentido alcanzó a escuchar el caballero. Transcurrieron varios segundos. Miró en dirección a la que el hombre de bata blanca aún señalaba.

Cuando llegó al mostrador, extendió la receta: ¿Haloperidol? Incredulo, el farmacéuta la observó: ¿Fecha de emisión? 29 de septiembre, hace cuatro días. ¿Firma? Un garabato cualquiera que comienza con C. ¿Cédula? Ahí están los dígitos. ¿Lugar de expedición? ¿Ciudad de México? ¡Este hombre es un junkie!... El farmacéuta se quedó pensando unos segundos. Detectó la enfermedad frente a él. ¿Este hombre realmente necesita el medicamento?

"No se la puedo surtir", le dijo finalmente el farmacéuta.

En un segundo, el cristal del mostrador se hizo trizas, como arcilla del bosque que se nos escapa de las manos, cuando la cabeza del farmacéuta se estrelló contra él. "¡Hazte a un lado y ponte en oración, demonio de los bosques!, se escuchó gritar al viajero mientras saltaba del otro lado de la ventanilla.

Al estacionamiento llegaba un motociclista: medio drogado y con dolor de cabeza grande como el Cerro de la Silla: incapaz de defenderse contra tal caballero andante.



Jean Anouilh

(Burdeos, 1910 - Lausana, 1987) Dramaturgo francés. En su juventud estudió derecho, trabajó en una agencia de publicidad y se interesó por el teatro. Amparado por Jean Giraudoux, con El arriño (1932) logró su primer reconocimiento en el ambiente teatral. Con el éxito de su obra El viajero sin equipaje (1937) se afirmó en la escena francesa, y con La salvaje (1938), drama estrenado en el Teatro Mathurins y dirigido por Georges Pitoeff, consolidó un prestigio que supo mantener durante más de cuarenta años.

A través de su obra expresó un humanismo rebelde a la realidad, donde el ser humano se encuentra acorralado por la presencia de dos absolutos: la imposibilidad de la pureza y su destino de corrupción. El tema que más desarrolló en sus textos es el de la condición patética de una juventud pura e intransigente que se ve derrotada ante el poder y la hipocresía de una sociedad corrupta. Sus personajes heroicos manifiestan las virtudes de la bondad, la pureza y la juventud, mientras que sus antagonistas se presentan con estigmas de maldad, perversión y decadencia. Pensaba que las historias de las buenas personas necesariamente terminaban mal, por lo que sus dramas solían poseer algunas evidencias del "paraíso perdido".

En sus obras alternó permanentemente las categorías de ficción, realidad, pasado y presente, lo que le permitió recurrir a la historia para ejemplificar sucesos de actualidad y jugar con la relación entre vida y literatura, que a su entender estaban fundidas en un solo concepto, ya que "el teatro de la vida no se diferencia demasiado de la vida del teatro". Asimismo definió sus trabajos según su intensidad dramática, por lo que llamó "piezas negras" a sus textos más trágicos y pesimistas, o "piezas rosas" a aquellos donde tenían cabida el humor y la fantasía. También las clasificó como "chirriantes", "brillantes", "agrias", "de disfraces", o "secretas", lo que pone de manifiesto la gran diversidad temática y expresiva de su producción.

Fue autor de Eurídice (1942), Antígona (1944), Romeo y Jeannette (1953), El ensayo o el amor castigado (1950), El vals de los toreros (1952), Medea (1953), La invitación al castillo o La alondra (1953), Ornifle o la corriente de aire (1955), Becket o el honor de Dios (1959), Querido Antonio (1969), Los pescados rojos (1970), El Director de la Ópera (1972), El arresto (1975) y El ombligo (1981), entre muchas otras obras, y de guiones cinematográficos para varias películas, como Monsieur Vincent (1947) y Deux sous de violettes (1951).

ad pédem literae

Por mucho que un hombre valga, nunca tendrá valor más alto que el de ser hombre.

Antonio Machado

Letras de buen humor

Sean que olvidar lo malo también es tener memoria

José Hernández

Javier García-Galiano

Un traductor de Paul Valéry

En 1972, en la Librería Universitaria que se hallaba en Avenida Insurgentes, en lo que entonces se llamaba Distrito Federal, frente al Condominio Insurgentes, conocido todavía como el "edificio Canadá" por el inmenso anuncio de las zapaterías de Guadalajara que acaso todavía predomina en uno de los costados de sus fachadas, cerca del restaurante alemán Hipódromo, podía encontrarse un pequeño volumen de portada gris con una imagen violácea editado en la colección Poemas y Ensayos de la UNAM que en ese tiempo dirigía Marco Antonio Montes de Oca: El señor Teste de Paul Valéry traducido por Salvador Elizondo.

En el "Prólogo del traductor", rubricado en 1971, Elizondo escribió que con una versión —"la primera en castellano creo"— de ese libro "la Universidad Nacional Autónoma de México rinde homenaje a la memoria de Paul Valéry en el centenario de su nacimiento". Confesaba asimismo que "he tratado de conservar, contra la opinión de Juan José Arreola —a cuya amistad consagro el esfuerzo que puse y el deleite que obtuve al traducir ese libro—, el tono que la dicción escuetamente intelectualista que en

las palabras de su autor, 'ese lenguaje forzado, a veces enérgicamente abstracto...' me dictaba".

En Camera lucida, Elizondo recreó a ese personaje en un texto conjetural: "El mal de Teste": "El señor Teste es imposible, pero real. Es tal vez demasiado real para ser posible. Su imposibilidad es un conjunto de demasías. El señor Teste es demasiado escéptico, inteligente, armonioso, profundo y perfecto como para que sus defectos mismos no fueran, por así decirlo, defectos perfectos."

Advertía asimismo que "en una vaga etimología de nociones abstractas Valéry nos da a entender que el mal de Teste se relaciona de alguna manera muy compleja con la facultad intelectual de la atención, lo que no deja de ser una intuición notable".

Hacia 1991, Salvador Elizondo creó Ediciones Heliópolis con José Manuel de Rivas y Armando Hatzacorsian, quienes habían colaborado con Diego García Elio y Gonzalo García Barcha en El Equilibrista, entre otras, en la primera edición de Elsinore y en la de Teoría del infierno de Elizondo.

Fue José Manuel de Rivas, con el generoso entusiasmo que lo caracterizaba,



quien le sugirió e indujo a Elizondo a que tradujera Historias rotas de Valéry. Inexorablemente sus conversaciones, que ocurrían casi siempre en lo que se llama "el corredor" de la casa de Elizondo en Coyoacán, que Pepe de la Colina adivinaba la verandah, ante el jardín, aludían a ese libro que acaso se convirtió en uno de los signos de su amistad. Naturalmente esas alusiones derivaban en que José Manuel le sugiriera a don Salvador que tenían que editarlo, lo que implicaba otra complicidad: que Elizondo lo tradujera. Salvador Elizondo no era afecto al

télefono y durante tres o cuatro meses, con la cortesía de la que no prescindía hasta cuando practicaba la polémica con ironía contundente, confesaba que estaba traduciendo a Valéry, que por favor no lo llamara. Según el colofón, su traducción de Historias rotas de Paul Valéry, editado por Ediciones Heliópolis, "es el cuarto volumen de la Cripta de los Capuchinos y se terminó de imprimir el día de San Leonardo a cincuenta años de la muerte de su autor en los talleres de Offset Rebosan. Laus Deu".